

el pan sino por unos principios de confraternización y solidaridad humana que en otras ocupaciones, precisamente por el deleznable o reparable o insensible de sus fines, no se llega a sentir ni agradecer en la misma proporción y medida.

Por eso el médico y lo mismo el cartero o el sacerdote, están viendo tan cambiada su personalidad y tan venida a menos su consideración y su respeto, que si los antiguos levantaran la cabeza no aceptarían la comparación. ¿Cómo sería posible?

¿Cómo se va a comparar el anhelo con que se esperaba al médico, asomándose a la puerta mil veces, hasta que se le veía por la esquina, sin atreverse a hacer nada hasta que hiciera la visita a que se presente como el cobrador de la luz, sin esperarlo nadie ni saber quién es?

¿Cómo va a ser lo mismo que pase el cartero o no para aquella madre o aquella moza que, sin poder aguantarse, esperan en la puerta o en la ventana la noticia del ausente que las tranquiliza y conforta?

El Señor está en todas partes. Cierto. La Iglesia está donde esté el sacerdote, pero ¿no implicará cierto grado de decepción o abuso de confianza el metérselo en el bolsillo y salir de marcha pudiendo estar o no estar o ir a un sitio o a otro, confundido por la lana con el resto del rebaño por un propósito de igualdad inalcanzable, porque el pastor podrá ponerse la zamarra pero lo que no podrá hacer es convertirse en carnero sin dejar de ser pastor, por eso tanto el uno como el otro, sacerdote y médico, les es inconveniente e impropio confundirse en la polvareda del camino, hechos como están para ir guiando y tratar de evitar descarríos, que es su misión.

Ni el médico ni el sacerdote pueden ser personas como las demás porque tienen una obligación moral que supera el deber profesional y han supuesto siempre un factor tutelar en la vida familiar, factor en trance de extinción, desgraciadamente para todos, porque su existencia es incompatible con los calendarios, con los relojes y con las atenciones deportivas, ya que las dolencias y la muerte no tienen días ni horas ni distracciones ni es probable que se cambie jamás la reglamentación que tienen bien dispuesta y siempre quedará el remordimiento de conciencia del deber incumplido, tal vez no sancionable, pero efectivo para aquel que adquirió ese compromiso al investirse, aunque los demás no lo comprendan.

---

## Sucedido

Un chico de la Zoa estaba aprendiendo a tocar el violín y como a todos los aprendicillos, le gustaba tocar piezas más que estudiar.

Una vieja sirvienta de las que estuvieron en la posada le oía entusiasmada y sin poder contenerse le dice:

— ¡Anda! que cuando te andes en violón...